

**MANUEL CASTELLS. LA ERA DE LA INFORMACIÓN.
INDIVIDUALISMO Y COMUNALISMO EN EL ORIGEN DE LA
VIOLENCIA DEL SIGLO XXI**

POR ENRIQUE M^a SILVELA DÍAZ-CRIADO

DESDE MAYO DEL 68 HASTA BERKELEY

Nacido en 1942, Manuel Castells es un sociólogo español de reconocido prestigio internacional. Manchego de Hellín, se trasladó a Barcelona con su familia (1), de niño, por lo que se considera catalán. Inició los estudios de derecho y económicas en esta misma ciudad con apenas dieciséis años. Desde entonces desarrolló una intensa actividad política contra el régimen de Franco, que le llevó a huir de España y refugiarse en París, donde termina ambas carreras. Allí se doctora en sociología, su verdadera pasión intelectual. Se queda como profesor asistente en la Universidad de París, junto a profesores de la talla de Alain Touraine, René Lefèbre y Fernando Henrique Cardoso, a quienes considera su referencia intelectual. De su propia clase sale Daniel Cohn-Bendit para prender fuego al mayo del 68 francés. Él niega cualquier protagonismo en aquella revuelta, aunque comparte sus ideales. Quizá se pueda considerar un primer paso en su evolución política, en que se desdice de la ortodoxia marxista para alabar el joven espíritu de revuelta ante las burocracias estatales —ya sean capitalistas o socialistas— y de reafirmación de la identidad individual frente a las instituciones. En 1979 acepta una oferta para ser profesor en la Universidad de Berkeley en California, donde sigue enseñando hasta hoy.

Compatibiliza ésta su ocupación principal con muchas otras, como profesor invitado en numerosas universidades de todo el mundo junto a variados cargos en diversas instituciones sin

(1) Él mismo considera a su familia como “muy conservadora”.

ánimo de lucro. Radicado en California, donde ha elaborado su producción intelectual, Manuel Castells es un verdadero ciudadano del mundo. En primer lugar por su triple referencia nacional: español de nacimiento y de lengua, refugiado en Francia y captado por los Estados Unidos (2). Pero además porque ha viajado constantemente por todo el mundo, para acercarse al conocimiento de las distintas sociedades que lo conforman. Por su amistad con Cardoso, y sus contactos iniciales con la Universidad de Chile ha seguido con interés la evolución iberoamericana. Su matrimonio con la rusa Emma Kiselyova le proporciona también cierta proximidad sentimental con la Europa Oriental. No se ha quedado ahí, sino que ha desarrollado investigaciones en el Lejano Oriente, procurando conocer una civilización que podría quedar lejana tanto espacial como culturalmente pero que él se ha esforzado en acercar a la mentalidad occidental.

Nunca ha renegado de su origen español, y se ha mantenido en constante contacto con su patria. A partir de la llegada al poder del PSOE en 1982 ha sido una referencia intelectual para sus dirigentes. Conserva una excelente relación con Felipe González, a quien menciona con frecuencia en su obra, y con Narciso Serra, con quien ha colaborado en varios trabajos intelectuales. Escribe con frecuencia en el diario “El País”, y ha editado o colaborado en varios libros sobre cuestiones de actualidad española y mundial.

Hombre de fuerte compromiso político, vinculado desde su juventud a la izquierda, sigue una típica evolución en su pensamiento desde el marxismo inicial a una moderada socialdemocracia en la actualidad. En todas sus obras declara este compromiso de forma expresa, con constantes referencias políticas a las ideas de la izquierda que él llama europea. Su vocación intelectual desde el derecho y la economía hacia la sociología son fruto de su interés por el cambio social, que su experiencia política de juventud —al parecer breve pero intensa— le presenta como necesario. Ese interés por el cambio social le acompaña mientras se especializa en sociología urbana e industrial, sobre lo que ha publicado varios libros, y acerca del progreso tecnológico; este último campo le condujo, a través del estudio de la interficie entre el hombre y la tecnología, al desarrollo de su obra cumbre sobre la sociedad de la información. Esta obra, traducida a numerosos idiomas, se ha publicado en español —Alianza Editorial— con el título de “*La era de la información. Economía, sociedad y cultura*”, dividida en tres volúmenes: “*La sociedad red*”; “*El poder de la identidad*”; y “*Fin de milenio*”. Esta ambiciosa obra, con amplia

(2) Él mismo relata la influencia intelectual de este origen en el impulso español por el cambio social, el aprendizaje francés en el ámbito teórico y el desarrollo estadounidense de la investigación empírica.

vocación de universalidad, centrará el presente trabajo, que se complementará con recientes publicaciones de menor entidad y más concentradas en el problema de la violencia organizada y el terrorismo global.

LA ERA DE LA INFORMACIÓN: LA RED Y EL YO

Desde los albores de la revolución tecnológica se ha venido indicando la posibilidad de que sea origen de un cambio de era histórica, al modo de la revolución industrial. Son numerosos los autores que han explorado esta posibilidad, desde Mc Luhan con la “*aldea global*”, la “*tercera ola*” de los Toffler, o las referencias al “*postindustrialismo*” y “*postmodernismo*” de Daniel Bell, Alain Touraine o Ronald Inglehart. Según Stephen Gould la historia del mundo consiste en una serie de estados estables, con momentos puntuales de gran cambio que conducen a un nuevo estado estable. Es posible que ahora mismo nos encontremos en uno de esos momentos de cambio. Los autores anteriores han presentado este posible cambio por intuición, mediante metáforas y analogías de su impresión del mundo, mediante indicadores que suponen la generalidad, o en campos restringidos del conocimiento humano.

Castells da un paso importante en la determinación de las posibles características de esta posible nueva era desde una perspectiva sociológica, multicultural y global. Para ello reconoce un trabajo de investigación de doce años, de ellos los cuatro últimos con plena dedicación a ponerlo por escrito. Es un trabajo que pretende tocar todos los aspectos destacados de la vida social. Además no se limita a la sociedad occidental, sino que recorre todo el mundo en su análisis. Él mismo lo denomina “*intento deliberado de producción multicultural*”; por ello escribe en inglés, que considera como lenguaje integrador de la humanidad. Este ambicioso propósito ha levantado críticas y halagos. Estos últimos son muy exagerados: Anthony Giddens compara la obra con “*La ética protestante...*” de Max Weber, y Peter Hall con “*El Capital*” de Marx.

El trabajo se acomete desde una perspectiva positiva —en el sentido de presentar la realidad tal cual es, sin referencias metafísicas— y funcional, desde una teoría sociológica elaborada sobre principios sencillos. No rechaza la existencia de un compromiso moral y político; en esta obra no lo declara, pero en alguna entrevista se confiesa partidario de la “*izquierda europea*”. No podía ser menos, de acuerdo con sus raíces marxistas. Por eso añade a

su compromiso político la reflexión de que supera *“el dogmatismo y la ideología militante que tanto daño han hecho a los propios valores”* que los intelectuales querían defender.

La actitud positiva se plasma en la renuncia a formular soluciones a las preguntas que plantea. Su esquema de trabajo, de forma simplificada, se centra en los infinitivos observar, analizar y teorizar, en lo que denomina un viaje intelectual por el mundo. Pretende que su análisis va más allá de la mera descripción —que es donde él aparca el positivismo— sin que llegue a proponer fórmulas de acción. Considera que las respuestas son un privilegio de los ciudadanos. Este modelo de implicación le lleva a una doble negación que presenta en un estilo muy elaborado, como para recalcar la importancia que le otorga: una *“negación del nihilismo intelectual que renuncia a la explicación y se regocija con los devaneos de lo efímero como experiencia”*; y una *“negación de la ortodoxia teórica, ya sea neoclásica o neomarxista, que categoriza sumariamente la investigación y encorseta el debate”*.

La perspectiva funcional se manifiesta en la elaboración teórica y práctica en la que se basa la obra. Su visión del mundo se construye en torno a la relación entre globalidad e identidad. La teoría comienza con los fundamentos de la organización de las sociedades: *“Las sociedades están organizadas en torno a procesos humanos estructurados por relaciones de producción, experiencia y poder, determinadas históricamente”*. La producción es la acción del hombre sobre la materia, mediante su transformación, consumo y empleo de los excedentes. La experiencia es la acción del hombre sobre sí mismo, determinando su identidad biológica y cultural en la relación con su entorno social y natural; se construye en torno a la satisfacción de las necesidades y los deseos. El poder es la acción del hombre sobre los demás, basándose en la producción y la experiencia, para imponer el deseo de unos sobre otros mediante la violencia o su amenaza.

Esta nueva era viene determinada por varios acontecimientos o fenómenos de trascendencia histórica. En primer lugar la revolución tecnológica, protagonizada por las nuevas tecnologías de la información, que le dan carácter e incluso la denominación: *“La era de la información”*. La globalización generada por la revolución tecnológica está modificando la base material de la sociedad, y supone la introducción de una nueva forma de relación entre economía, Estado y sociedad en un *“sistema de geometría variable”*. Además se ha derrumbado el estatismo soviético, por lo que el autor echa de menos quien lidere el reto histórico al capitalismo. Al menos este derrumbamiento ha rescatado a la izquierda política y a la teoría

marxista —a secas, significativa distinción— de la atracción fatal del marxismo-leninismo. El propio sistema capitalista ha sufrido una profunda transformación que ha modificado el centro de gravedad económico del planeta pero ha arrinconado a los “agujeros negros de la economía humana” que se encuentran fuera de la integración.

De forma simultánea, en lo que atañe al propósito de este cuaderno, se ha desarrollado una economía criminal global; las organizaciones delictivas y terroristas también se han hecho globales. Igualmente se produce un espectacular cambio social, con la crisis del patriarcado, la conciencia medioambiental y la falta de legitimidad de los sistemas políticos.

Consecuencia fundamental de la confusión debida al cambio es que la gente tiende a reagruparse en torno a identidades primarias: religiosa, étnica, territorial o nacional. *“La identidad se está convirtiendo en la principal, y a veces única fuente de significado”*, es decir, que la gente no se organiza en torno a lo que hace sino *“por lo que es o cree ser”*. El fundamentalismo religioso se está convirtiendo en la fuerza más formidable de seguridad personal y movilización colectiva.

La oposición entre sociedad red e identidad se repite constantemente a lo largo de toda la obra. Es una continua dialéctica de acción y reacción entre el individualismo y el comunalismo que salpica todos los aspectos de la investigación sociológica. Así, la sociedad red se identifica con el comunalismo en lo que tiene de sociedad, pero es una sociedad en que prima la importancia de lo individual; al mismo tiempo, en la identidad se desarrolla la visión individual del yo, pero también la identidad colectiva de los pueblos o las naciones. Ambas cuestiones son cruciales en la vida de las personas; los diversos sistemas sociales y políticos, tanto a lo largo de la historia como a través de la geografía mundial, aportan soluciones distintas que conceden mayor prioridad ya sea a los deseos del individuo o bien a los requerimientos del grupo social. La evolución de la tecnología provoca que el cambio en la historia genere nuevas sociedades y nuevas formas de organización social. El desarrollo histórico propio y el alcance de la tecnología en diferentes regiones del mundo han creado la disparidad de sistemas que conviven hoy en día. Esta magna obra de Manuel Castells es una muy importante ayuda para poder entender la diversidad del globo, su estado actual y, lo que es más importante, las motivaciones individuales y colectivas de los hombres que lo pueblan. Su principal carencia es la falta de un sentido metafísico de la realidad humana; de esta forma, el análisis de las motivaciones humanas queda incompleto, puesto que no se pueden adjudicar sólo a la economía o a la pura teoría social las

reacciones de los hombres ante las ideologías que mueven el mundo. Coincide en parte esta carencia con la principal crítica pública que se le ha hecho: la falta de una respuesta a las cuestiones que se plantean. Esta respuesta implicaría un compromiso por parte del autor del que huye de forma consciente, puesto que considera que es el propio lector el que debe dar las respuestas. Por tanto, y en contra con esta crítica pública, quizá sea una de las mayores virtudes de la obra, puesto que permite que se finalice el análisis y se encuentren respuestas desde una perspectiva ética e ideológica lejana a la afirmada por el propio Castells. El rigor académico, el contenido teórico multidisciplinar y el respaldo empírico de esta obra la convierten en referencia fundamental para el conocimiento de la sociedad actual, la que Castells denomina sociedad red.

LA SOCIEDAD RED

La razón primera de esta obra es la posibilidad de que la humanidad se encuentre ante una nueva revolución. El mero hecho de que se plantee tal posibilidad no exige que sea real, se necesita una larga perspectiva histórica para semejante categorización. Sin embargo, sí que merece la pena pensar sobre ello, incluso llegar a conclusiones y escribirlas. El primer paso es la consideración teórica del hecho revolucionario en sí. Para Castells, siguiendo a Stephen Gould, la historia de la vida se mueve entre sucesivos estados estables interrumpidos por notables acontecimientos que generan un nuevo estado estable. Son muy numerosos los autores contemporáneos que reflejan la posibilidad de que se esté desarrollando uno de estos momentos de cambio en la actualidad. Si esto es así, y todavía falta algo de distancia, para todos estos autores la causa de la transformación se encuentra en las nuevas tecnologías de la información. Una definición de tecnología aportada en la obra es: *“el uso del conocimiento científico para especificar modos de hacer cosas de una manera reproducible”*. Tecnologías de la información podrían ser el conjunto convergente de tecnologías de la microelectrónica, la informática, las telecomunicaciones, televisión y radio, la optoelectrónica y la ingeniería genética.

Aunque existe una exageración profética sobre las posibilidades revolucionarias de las nuevas tecnologías, para Castells es un acontecimiento histórico al menos tan importante como lo fue la Revolución industrial del XVIII. Lo que caracteriza esta nueva revolución no es el desarrollo tecnológico por sí mismo, sino la aplicación de este conocimiento e información a la propia generación de conocimiento y a los procesos de información y comunicación. Esta realimentación positiva se amplifica al llegar la tecnología a poder de los usuarios, que toman su

control (es el caso de Internet). De esto se deduce una estrecha relación entre la cultura de la sociedad y las fuerzas productivas, con lo que la mente humana pasa de ser una herramienta a ser una fuerza productiva directa.

Otra característica fundamental de la nueva revolución es su globalidad. Las anteriores revoluciones tuvieron una amplitud regional, y se difundieron en un área geográfica limitada y de forma muy lenta. La extensión y rapidez de expansión de la actual son extraordinarias. Desde mediados de los setenta a la actualidad ha recorrido el mundo entero, aunque se debe admitir que siguen existiendo islas —geográficas y culturales— desconectadas de esta realidad; éste es precisamente uno de los rasgos que generan la conflictividad propia de este tiempo: la desigualdad en la expansión y aprovechamiento de la tecnología.

De la historia cercana de este desarrollo tecnológico, y de su confrontación con la historia lejana de las revoluciones precedentes se obtiene otro rasgo propio de la revolución actual: la orientación al mercado de todas las innovaciones. Mientras que tras sus inicios estuvo la inversión pública, notablemente de la industria de defensa o incluso de instituciones puramente militares, la explosión vino de la mano de su difusión comercial. Es decir, la conjunción de los grandes proyectos de investigación y el propio mercado proporcionado por el Estado, de un lado, junto con la innovación descentralizada de la cultura de creatividad tecnológica y los modelos de rápido éxito personal (Bill Gates), dirigidos al mercado privado, provocó la extraordinaria expansión de la revolución tecnológica.

La principal consecuencia de esta expansión es lo que justifica su consideración como causa de una nueva revolución social: la difusión de la revolución tecnológica ha cambiado el modo en el que los hombres se relacionan entre sí y con su entorno, sus modos de producción y de consumo. La forma de enfocar intelectualmente este efecto se realiza mediante un nuevo “paradigma tecnoeconómico” de enorme influencia social. Castells selecciona cinco características de este paradigma:

- En primer lugar, que la materia prima es la propia información: se trata de “tecnologías para actuar sobre la información”, no de información para actuar sobre la tecnología que a su vez actúa sobre la producción, que era el caso de las revoluciones anteriores.
- El segundo rasgo es su capacidad de penetración en todos los ámbitos de la existencia.

- La tercera es la lógica de interconexión, la morfología o topología de red de las relaciones y organizaciones humanas.
- En cuarto lugar la flexibilidad de los procesos, su capacidad para reconfigurarse.
- Por último se hace notar la convergencia creciente de las diversas tecnologías en sistemas integrados, en los que resulta difícil incluso distinguir el origen científico de cada componente, por lo que se podría hablar de sistemas de información o informacionales.

Este paradigma no evoluciona hacia su cierre como sistema, sino a su apertura como red multifacética, adaptable y abierto en su desarrollo histórico; viene adjetivado como tecnoeconómico, pero es evidente que tiene una gran repercusión social. Para profundizar en esta repercusión es necesario ampliar el análisis en los aspectos principales de la sociología humana. Este análisis es precisamente el contenido de este primer tomo de la obra de Castells. Comienza con un repaso al proceso de globalización económica, atendiendo tanto al desarrollo de la productividad como a la nueva división internacional del trabajo. Este enfoque, así como el orden prioritario en que se encuentra, refleja claramente el origen materialista de su autor. El resto del libro parece acompañar su posterior evolución ideológica, ya que el siguiente capítulo trata de la empresa red, el cuarto la transformación del trabajo y el empleo para luego entrar en la cultura de la virtualidad real, la nueva comunicación.

Los adjetivos aplicados a la nueva economía definen sus rasgos principales: informacional y global. Informacional porque la propia información se convierte en producto del proceso de producción; es decir, la productividad y competitividad de los agentes económicos depende de la generación, proceso y aplicación de la información basada en el conocimiento como factor productivo fundamental. Global porque la organización de esta economía, tanto de la producción como el consumo, se hace a escala global, bien de forma directa, bien mediante una red de vínculos entre los agentes económicos. Esta nueva economía se opone a la dualidad con que concluye la Revolución industrial con dos modos de producción excluyentes: el capitalismo y el estatismo industrial. Para ello se superpone al primero, desde el que evoluciona, y ha contribuido a la eliminación del segundo.

Una de las consecuencias fundamentales de la Revolución industrial, desde el punto de vista meramente económico, fue el paso de una sociedad basada en el equilibrio a una sociedad

basada en el progreso. Esto quiere decir que la economía necesitaba un constante incremento de la producción, que dependía de la mejora de la productividad, que a su vez es consecuencia del desarrollo tecnológico. Sin embargo, lo que mueve a los agentes individuales (empresas, Estado) no es la propia productividad, sino la rentabilidad y la competitividad. Esta cadena de tecnología, productividad, competitividad y rentabilidad es fundamental para la comprensión del desarrollo económico actual, y lo que ha motivado la recomposición de las estructuras económicas nacionales y la organización de las empresas.

La otra novedad aportada por la evolución de la economía es su globalidad. Este concepto va más allá de lo que se podría denominar economía mundial, como acumulación simultánea de capital en todo el mundo. El rasgo distintivo de la economía global es su capacidad de funcionar como una unidad en tiempo real a escala planetaria. Es decir, el movimiento de capitales financieros es instantáneo y está activado las veinticuatro horas del día. Los mercados de bienes o el laboral no responden de forma tan automática, pero su velocidad de circulación ha aumentado también de forma espectacular. Como consecuencia, no es posible que los agentes individuales tomen decisiones restringidas al ámbito en el que se encuentran, puesto que cualquier aspecto global repercute de forma rápida en su entorno. Todavía existen grandes diferencias de velocidad de transmisión entre distintos mercados de bienes, entre países y entre personas. Es decir, la globalización no es absoluta, y mientras se extiende provoca grandes diferencias de riqueza, de modos de producción y de consumo, grandes diferencias sociales que luego generarán efectos conflictivos en las relaciones entre los hombres y las sociedades del planeta.

La productividad y la globalización, como se ha dicho, han provocado la recomposición de las estructuras económicas nacionales y mundiales y la organización de las empresas. No sólo de las empresas, sino que se podría generalizar a todas las organizaciones e instituciones. Es importante la distinción efectuada entre ambos conceptos. Las organizaciones se definen como *“sistemas específicos de recursos que se orientan a la realización de metas específicas”*. Instituciones, sin embargo, son *“las organizaciones investidas con la autoridad necesaria para realizar ciertas tareas específicas en nombre del conjunto de la sociedad”*. De acuerdo con los fundamentos teóricos de su visión de la humanidad, la organización social se construye en torno a los procesos de producción, consumo y distribución. La principal evolución en estos procesos inducida por la revolución tecnológica es el agotamiento del sistema de producción en serie, al que se podría atribuir la crisis económica de los años setenta. Esta crisis obligó a pasar de un

modelo de producción basado en el empleo eficaz de la energía a un modelo en el que lo fundamental era el empleo eficaz de la información. El factor más importante para el éxito económico, o el éxito en cualquier orden, es la reducción de la incertidumbre, para lo que es fundamental la información. Uno de los mejores ejemplos de la extensión de este concepto fuera del campo económico es su aplicación en el campo militar, donde los nuevos desarrollos de conceptos tácticos se basan precisamente en la reducción de la incertidumbre en el combate mediante la apropiada gestión de la información.

En una especie de darwinismo empresarial, las organizaciones exploraron diversas posibilidades de enfrentarse a las nuevas condiciones económicas. Aquéllas que triunfaron han sido el modelo de transformación para las demás. Hoy en día prosigue esta transformación, pero ya hay suficientes elementos para definir a las nuevas organizaciones. El modelo principal, en contraposición a la producción en serie denominada “fordismo”, es el “toyotismo”. En esta expresión se resume el triunfo del modo de producción japonés, caracterizado por su flexibilidad y por la colaboración entre la dirección y el trabajador, un modelo de colaboración y trabajo en equipo. Otro efecto importante es la presunta crisis de las grandes empresas y la elasticidad de las pequeñas para adaptarse a un entorno cambiante. No quiere esto decir que desaparezcan o se dividan las grandes empresas, sino que se han visto obligadas a adaptarse. El mecanismo fundamental ha sido mediante la segregación de actividades que no constituían el núcleo fundamental de su negocio, pasando de una integración vertical de los procesos de producción a una integración —gracias precisamente a las nuevas tecnologías de la información— en topología de red de empresas con intereses comunes: la empresa red.

Este modelo de la empresa red se refleja en, y es naturalmente adoptado por, la estructura laboral internacional. Junto con el cambio en la organización de las empresas se ha producido el de la relación con sus trabajadores, permitiendo figuras como el trabajo en red, que hace irrelevante la localización física del trabajador que puede estar en su mismo hogar. En general, el proceso de trabajo está en el núcleo de la estructura social. El trabajo se lleva la mayor parte de la actividad de los hombres, por lo que es central para su organización social. El nuevo paradigma tecnoeconómico tendrá también su reflejo en la modificación de los hábitos laborales. El aspecto fundamental, de nuevo, es el aumento de la productividad del factor trabajo. La consecuencia es que con menos trabajadores se producían más bienes, por lo que dejaban de ser necesarios. Este excedente industrial se ha recolocado en el sector servicios, donde la productividad tiene unos límites tecnológicos mucho mayores. En definitiva, lo que se ha

producido es un desplazamiento radical de la estructura ocupacional de los sectores primario y secundario al terciario. Esto no es característico de la nueva revolución tecnológica, ya que procede del llamado postindustrialismo. El impacto fundamental de la revolución está en tres mecanismos de reordenación del mercado de trabajo: por un lado, el empleo global en multinacionales y sus redes asociadas; en segundo lugar las repercusiones del comercio internacional sobre las condiciones de empleo y trabajo; por último, los efectos de la competencia global y del nuevo modo de gestión flexible sobre la mano de obra de cada país. La consecuencia es que *“la forma tradicional de trabajo, basada en un empleo de tiempo completo, tareas ocupacionales bien definidas y un modelo de carrera profesional a lo largo del ciclo vital se está erosionando de manera lenta pero segura”*.

Uno de los factores claves en cualquier cambio social es la comunicación. La nueva revolución tecnológica tiene su principal expresión en las nuevas formas de comunicación. La universalización de la radio y la televisión han conducido a la cultura de la comunicación de masas. Es decir, un mensaje similar es emitido de forma simultánea desde unos pocos transmisores centralizados a una audiencia de millones de personas. Por ello, el contenido y el formato de los mensajes se cortaba a la medida del mínimo denominador común, según el asesoramiento de los expertos en marketing. Esta situación se volcaba en el dominio ejercido por los gobiernos y los oligopolios empresariales de los medios de comunicación de masas. Las nuevas tecnologías suponen un cambio radical en este concepto, cambio que conduce hacia la individualización de la comunicación. Las tecnologías de impresión permiten que se editen varias versiones del mismo periódico hechas a medida del público de distintas ciudades, de un mismo país o incluso en el mundo. El vídeo permite que los telespectadores elijan el momento en que ven su programa favorito, o que sustituyan lo que se ofrece en las cadenas principales por productos hechos a medida. Incluso se avanza hasta que cada uno puede grabar sus propias imágenes para proyectarlas en familia.

El desarrollo de la televisión por cable o por satélite ha permitido una multiplicación del número de canales entre los que se puede elegir, o sistemas como proyección de la misma película a distintas horas. Debido a la diversidad de los medios de comunicación y a la posibilidad de seleccionar a la audiencia objetivo, se puede decir que «el mensaje es el medio. Esto es, las características del mensaje determinarán las características del medio.» Así se adaptan los medios a la transmisión de música para jóvenes, mediante la creación de cadenas específicas adaptadas a los ritos y lenguaje de la audiencia, incluso en toda la organización del

canal, tecnología y producción. Esto no implica que los gobiernos pierdan el control de la televisión, pero se encuentran con la necesidad de competir con otros mensajes, con otros medios, que les obligan a depurar el propio. Esta competencia realimenta la segmentación y diversificación de la audiencia, favorecida por el fenómeno del zapping. Esto lleva a Castells a afirmar que *“no estamos viviendo en una aldea global, sino en chalecitos individuales, producidos a escala global y distribuidos localmente”*. El futuro de la televisión, por tanto, se puede decir que camina hacia su descentralización, diversificación y personalización.

El impulso extremo de la individualización de la comunicación ha llegado de la mano del ordenador. Tras el experimento francés con Minitel, la expansión de Internet ha cambiado la comunicación en todo el mundo. La pequeña historia del desarrollo de Internet, como programa militar, es el prototipo de la nueva revolución tecnológica y sus implicaciones sociales. Su fundamento, originado por el objetivo de evitar que una explosión nuclear deshiciera la red de comunicaciones por ordenador de la Defensa de los Estados Unidos, descansa sobre una red de ordenadores no jerárquica en la que ninguno actúa como nodo central, en arquitectura abierta; todos son capaces de administrar el sistema, y reencaminan las comunicaciones a través de los circuitos no interrumpidos. Esta filosofía, junto con el auge del ordenador personal, llevaron Internet a los millones de hogares de todo el mundo que hoy están potencialmente interconectados para compartir imágenes, textos y sonidos; en definitiva, información. La capacidad de los nuevos ordenadores ha generado otras posibilidades de la nueva cultura informática. Uno de los aspectos más destacados es la reconstrucción de mundos virtuales que parecen hacerse realidad, la *“cultura de la virtualidad real”* en definición del propio autor.

La falta de una cosmovisión metafísica del mundo se aprecia en la continuación de este primer tomo de la obra. Esta falta necesita ser sustituida por una filosofía funcional, acorde en su lenguaje con los nuevos tiempos, pero que vaya más allá de la realidad convencional. Su punto de arranque se encuentra precisamente en esa cultura de la virtualidad real, prolongando el juego de palabras en dos nuevos conceptos: el “espacio de los flujos” y el “tiempo atemporal”. Este contraste semántico es la culminación intelectual de una obra en la que la dialéctica está siempre presente; mas no entre el bien y el mal, sino entre la acción y la reacción, ambas contempladas como naturales, por tanto ni buenas ni malas; entre el individualismo y el comunalismo, siempre dos tendencias opuestas de las que sale una realidad que abarca todas las posibilidades, que se presentan fríamente, permitiendo que el lector saque sus propias conclusiones éticas.

El espacio de los flujos se opone a la realidad anterior como espacio de los lugares. El producto de la era de la información es que no importa el lugar, lo que tiene trascendencia es el flujo: de información, de personas, de bienes... El tiempo atemporal supera al transcurso lineal y progresivo del tiempo en el que tenían relevancia las demoras entre causas y efectos, para vivir en un nuevo mundo de resultados instantáneos, o en los que el tiempo es irrelevante. Ambos conceptos encierran una gran complejidad, son el producto intelectual que parece más querido por el autor, donde ve reflejada su creatividad, pero quizá resuenan lejanos a las preocupaciones de los hombres que quieren conocer el mundo actual porque tiene que actuar sobre él; sobre todo de aquéllos que se enfrentan a la nueva violencia global que acompaña a esta revolución. Quizá por ello Castells regresa en el segundo tomo de su obra a cuestiones más aprehensibles y que precisamente más tienen que ver con el conocimiento y la respuesta a la violencia global.

EL PODER DE LA IDENTIDAD

Siguiendo la misma dinámica de acción y reacción, la acción de la sociedad red ha provocado una reacción en aquéllos que no aceptan este nuevo paradigma, o que simplemente no llegan hasta él; un regreso a las interioridades del hombre en una búsqueda de la propia identidad. Esta expresión de identidad supone un abierto desafío a la idea de la globalización en nombre *“de la singularidad cultural y del control de la gente sobre sus vidas y entornos”*. En este retorno a la identidad se pueden incluir movimientos que Castells llama *“proactivos”*, otorgando un sentido positivo a la transformación de las relaciones humanas en su nivel más fundamental, como supone la desaparición del patriarcado, el feminismo y la ecología, o movimientos de resistencia en las trincheras, ya sea en nombre de dios, la nación, la etnia, la familia, la localidad. Para Castells estas son las *“categorías fundamentales de la existencia milenaria, ahora amenazadas bajo el asalto combinado y contradictorio de las fuerzas tecnoeconómicas”*.

La identidad es la fuente de sentido y experiencia para la gente. Se define en esta obra como *“el proceso de construcción del sentido atendiendo a un atributo cultural, o un conjunto relacionado de atributos culturales, al que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido”*. Para no confundirlo con lo que los psicólogos denominan *“roles”*, se puede aclarar diciendo que las identidades organizan el sentido, mientras que los roles organizan las funciones. Sentido es *“la identificación simbólica que realiza un actor social del objetivo de su acción”*. Castells propone que, en la sociedad red, el sentido *“se organiza en torno a una identidad primaria (es decir, una identidad que enmarca al resto), que se sostiene por sí misma a lo largo*

del tiempo y el espacio". En su orientación como sociólogo su estudio se va a centrar fundamentalmente en la identidad colectiva, no en la individual.

La identidad para el autor, que cita a Calhoun, es siempre construcción, no descubrimiento. La construcción de la identidad —colectiva— emplea materiales de la historia, la geografía, la biología, las instituciones productivas y reproductivas, la memoria colectiva y las fantasías personales, los aparatos de poder y las revelaciones religiosas. Pero no sólo es eso. Los individuos y los grupos sociales reordenan todos esos materiales en su sentido, según las determinaciones sociales y los proyectos culturales implantados, y según su marco espacial y temporal. Castells propone como hipótesis que "*quien construye la identidad colectiva, y para qué, determina en buena medida su contenido simbólico y su sentido para quienes se identifican con ella o se colocan fuera de ella*". Volviendo a los fundamentos teóricos de su sociología, partiendo de las relaciones de poder entre los hombres, propone una distinción entre tres formas y orígenes de la construcción de la identidad.

- *Identidad legitimadora*: introducida por las instituciones dominantes de la sociedad para extender y racionalizar su dominación frente a los actores sociales.
- *Identidad de resistencia*: generada por aquellos actores que se encuentran en posiciones o condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia basándose en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones.
- *Identidad proyecto*: cuando los actores sociales, basándose en los materiales culturales de que disponen, construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad y, al hacerlo, buscan la transformación de toda la estructura social.

Esta tipología de identidades es dinámica. En el tiempo, las identidades que comienzan como resistencia pueden generar proyectos que se legitimen en nuevas instituciones. Es decir, ninguna identidad puede ser una esencia o tener un valor progresista o regresivo fuera de su contexto histórico.

Para Castells, cada tipo de proceso de construcción de la identidad conduce a un resultado diferente en la constitución de la sociedad. Las identidades legitimadoras generan una sociedad

civil, es decir, un conjunto de organizaciones e instituciones que reproducen la identidad que racionaliza las fuentes de la dominación estructural. Al segundo tipo lo considera como el más importante en la sociedad actual. La identidad de resistencia construye formas de resistencia colectiva contra la opresión, que de otro modo sería insoportable, con el apoyo de cualesquiera materiales de construcción de identidades disponibles. El resultado es una identidad defensiva como el fundamentalismo religioso, el nacionalismo, u otros movimientos de índole muy diversa que el autor engloba como *“la exclusión de los excluidos por los excluidos”*. Para el tercer proceso, la identidad proyecto, Castells sigue a su maestro Alain Touraine. La identidad proyecto crea *sujetos*, definidos como *“el deseo de ser un individuo, de crear una historia personal, de otorgar sentido a todo el ámbito de experiencias de la vida individual”*. Los sujetos son el actor colectivo mediante el que los individuos alcanzan un sentido holístico en su experiencia.

En la actualidad, el contexto específico en que deben —o contra el que lo hacen— construirse las identidades es la sociedad red. El ascenso de la sociedad red pone en tela de juicio los procesos de construcción de la identidad actuales, con lo que se inducen nuevas formas de cambio social. Ello se debe a que la sociedad red separa de forma sistémica el mundo local y el global. Las élites de todo el mundo pueden incorporarse a los flujos globales, pero no ocurre así con grandes segmentos de muchas poblaciones, que se limitan a verlos pasar. En muchos casos, las instituciones y las organizaciones sí tienen esta capacidad, pero como los individuos no pueden seguirla se produce la separación entre individuos e instituciones. Aquéllos, para la construcción de su intimidad basada en la confianza, necesitan una *“redefinición de la identidad completamente autónoma frente a la lógica interconectora de las instituciones y organizaciones dominantes”*. Por tanto, la búsqueda de sentido tiene lugar en la reconstrucción de identidades defensivas en torno a los principios comunales, que absorbe incluso a la creación de identidades proyecto, que también surge de la resistencia comunal.

Uno de los principales resultados del retorno a la identidad es el fundamentalismo religioso. Castells no parece ser muy creyente; considera a las religiones como un *“atributo [...] de la naturaleza humana, si tal entidad existiera”* para encontrar consuelo y refugio. Es decir, fuera del hombre *“Dios no tendría donde vivir”*. Pero el fundamentalismo religioso es algo más, y ese algo más es una fuente muy importante de construcción de identidad en la sociedad red. La expresión fundamentalismo proviene, curiosamente, de los Estados Unidos, en referencia a una serie de diez volúmenes titulados *The Fundamentals*, publicados privadamente por dos hermanos, hombres de negocios, entre 1910 y 1915 para reunir los textos sagrados editados por

los teólogos evangélicos conservadores de finales del siglo XIX. Castells define el fundamentalismo como “*la construcción de la identidad colectiva a partir de la identificación de la conducta individual y las instituciones de la sociedad con las normas derivadas de la ley de dios, interpretada por una autoridad definida que hace de intermediario entre dios y la humanidad*”. El fundamentalismo ha existido durante toda la historia. ¿Por qué ahora tiene tanta fuerza en la construcción de la identidad? Quizá una pista sea su carácter reactivo, pero las mejores pistas las puede proporcionar el análisis de dos tipos de fundamentalismo, que acomete Castells: el islámico y el cristiano evangélico de los Estados Unidos.

Sobre el fundamentalismo islámico considera que su rasgo distintivo es el apego no a la *watan* (tierra natal), sino a la *umma* (comunidad de creyentes). Esta confraternidad universal reemplaza a las instituciones del Estado-nación, al que se ve como fuente de división entre los creyentes. Es la *umma* contra la *yahilia* (el estado de ignorancia o la falta de observación de las enseñanzas de dios). Pero es necesario destacar que el fundamentalismo islámico no es un movimiento tradicionalista; se trata de una hipermoderna reconstrucción de la realidad. La causa de esta reconstrucción se puede trazar hasta la oposición del Islam a los procesos de globalización, al nacionalismo y al Estado-nación como principios de organización. Esta exposición ha provocado una crisis de las sociedades tradicionales, que coincide con el fracaso de los movimientos nacionalistas para que los Estados-nación logren la modernización de sus sociedades. En definitiva, la identidad islámica es una identidad de resistencia, de rechazo al capitalismo, al socialismo o al nacionalismo que han fracasado en el esfuerzo de modernización postcolonial. Caso distinto es el del fundamentalismo norteamericano. Este responde a la consideración de que “*una sociedad constantemente en la frontera del cambio social y la movilidad individual está abocada a dudar de forma periódica de los beneficios de la modernidad y la secularización, anhelando la seguridad de los valores e instituciones tradicionales basados en la verdad eterna de dios*”.

Otra significativa reacción identitaria es el nacionalismo, causa de tantos desórdenes y tanta violencia. Es un fenómeno ampliamente estudiado en la literatura actual, que Castells enfoca desde la perspectiva de la identidad. El nacionalismo ha sorprendido por su reciente resurgimiento cuando se consideraba que ya estaba desaparecido. Tanto el efecto de la globalización de la economía como de la internacionalización de las instituciones políticas, el universalismo de la cultura y la debilitación del concepto teórico de nación parecían causas suficientes para la defunción del nacionalismo. Es evidente que no ha sido así. Castells señala

cuatro puntos analíticos que deben tenerse en cuenta. En primer lugar, el nacionalismo contemporáneo no tiene por qué orientarse hacia la construcción de un Estado-nación soberano. Es decir, pueden existir naciones sin Estado, de las que pone como ejemplo a Cataluña. En segundo lugar, tampoco se tiene por qué atar al concepto europeo de Estado-nación. Castells refleja una queja generalizada de que en el proceso de descolonización el principio de autodeterminación de los pueblos se confundió con la autodeterminación de la nación según el modelo occidental, produciendo fenómenos ajenos a muchas culturas como el concepto de soberanía nacional trasplantado a suelo no europeo. En tercero, el nacionalismo ya no es un fenómeno de las élites; es más, suele ser una reacción contra las élites globales por parte de las masas. Es evidente que los líderes de estas masas seguirán perteneciendo a una clase con mejor formación, pero el elemento distintivo es la facilidad con que se dejan manipular las masas. Es decir, el nuevo nacionalismo parece una “religión sustituida” más que una ideología política, lo que lo convierte en más fuerte y duradero de lo que sería deseable admitir. En cuarto lugar, es un nacionalismo más reactivo que proactivo, más cultural que político, más orientado a la defensa de una cultura que a la construcción de un Estado. Se dice que la cultura es *“no lo que la gente comparte, sino aquéllo por lo que elige combatir”*.

Un ejemplo de este nacionalismo reactivo, de sustitución a lo existente, es el surgido en los territorios de la antigua Unión Soviética tras su desaparición. De acuerdo con Castells, el vacío ideológico creado por el fracaso del marxismo-leninismo fue reemplazado, en los años ochenta, por la única fuente de identidad que conservaba en la memoria colectiva: la identidad nacional.

Por contra, una de las características típicamente asociadas a la definición de identidad no parece tener especial importancia en la situación actual. Aunque la raza tiene importancia, probablemente más que nunca como fuente de opresión y discriminación, la etnicidad se está fragmentando como fuente de sentido e identidad, no para fundirse con otras identidades, sino bajo principios más amplios de autodefinición cultural como la religión, la nación o el género. Como ejemplo, los afroamericanos estadounidenses que se dividen más por líneas de clase de lo que se unen por condición racial.

Consecuencias de la importancia de la identidad se producen no sólo en los ámbitos presentados, sino en muchas situaciones de la vida cotidiana, incluso de aquéllos que se han incorporado a la sociedad red, pero defendiendo sus características peculiares. Así cobra notoria importancia dentro de las mismas sociedades occidentales el movimiento ecologista que, sin

renunciar al avance de la sociedad, pretende mantener la armonía con la naturaleza. Otro resultado importante es la incorporación de la mujer al trabajo, con las consecuencias añadidas de la reestructuración familiar marcada por el fin del patriarcado y la redefinición de los roles sexuales.

Quizá una de las repercusiones principales en la organización de las sociedades sea el cuestionamiento del poder de los Estados. Parece ya evidente que el concepto del Estado-nación, tal como se creó en la Edad Moderna de la historia, está perdiendo poder, aunque no influencia. Castells toma de Giddens la definición de Estado-nación como el *“conjunto de formas institucionales de gobierno que mantiene un monopolio administrativo sobre un territorio con límites definidos (fronteras), su gobierno está sancionado por la ley y posee el control directo de los instrumentos de la violencia interna y exterior”*. Sostiene que *“el reto creciente a la soberanía estatal en todo el mundo parece tener su origen en la incapacidad del Estado-nación para navegar en las aguas inexploradas y tormentosas que se extienden entre el poder de las ideas globales y el desafío de las identidades singulares”*. Dicho de otro modo, el Estado-nación resulta debilitado por la globalización de la economía, de los medios y de la delincuencia.

En primer lugar, la globalización de la economía socava las posibilidades de actuación de los gobiernos incluso en la propia política económica nacional, dada la interdependencia de los mercados financieros y de divisas y la transnacionalización de la producción. La política monetaria nacional no surte efectos ante las presiones especuladoras exteriores (3). En segundo lugar, las comunicaciones globales mediante Internet escapan por completo al control de los Estados. Incluso la proliferación de emisoras de radio y televisión locales, o la posibilidad de captar emisiones lejanas vía satélite impide el férreo control estatal de la comunicación pública.

Por último, y lo que más importancia reviste para el propósito de este documento, la globalización del crimen subvierte aún más al Estado-nación, transformando profundamente los procesos de gobierno y paralizando los estados que parasita. El tráfico de drogas asume el liderazgo de esta nueva economía criminal global, pero se mezcla con una importante variedad de tráfico ilícitos, como el de armas, tecnología, materiales radioactivos, obras de arte, seres humanos, órganos humanos, asesinos de alquiler o cualquier otro producto que se pueda comerciar por canales no legales. Todos ellos se conectan en las redes de blanqueo de dinero, que rentabiliza este tipo de “negocios”. Su influencia en la crisis de los Estados se refleja de tres

(3) Esto adelantó la unión monetaria europea, en un intento de ganar tamaño relativo.

formas. Primero, por la penetración de las redes criminales en la propia estructura del estado, incluso en los puestos más altos, ya sea mediante corrupción, amenazas o financiamiento político ilegal. Segundo, por la creciente importancia de la lucha contra estas mafias en las relaciones internacionales o bilaterales entre los estados. Tercero, por los flujos financieros de origen criminal que tienen la capacidad de desestabilizar economías enteras.

Esta debilidad de los Estados no se refleja sólo en cuestiones interiores, sino también en las relaciones internacionales. Es un hecho la mayor interdependencia de los países en el mundo. Pero además la nueva situación geopolítica provocada por la desaparición de la Unión Soviética también se lleva consigo los principales mecanismos que estabilizaban los lazos estratégicos de la mayoría de los Estados-nación en torno a las dos superpotencias. Sin haber conocido los sucesos que desde septiembre de 2001 han sacudido los conceptos y las realidades de la seguridad y defensa en el mundo, escribía Castells en 1996 que la nueva noción de seguridad colectiva implica una simbiosis entre las fuerzas militares más capaces (Estados Unidos y el Reino Unido), los financiadores de las operaciones (Japón, Alemania, Arabia Saudita) y las declaraciones retóricas en nombre del mundo civilizado (Francia). Es decir, se resalta el componente multilateral de las relaciones internacionales por la incapacidad creciente de cualquier estado para actuar por sí mismo en el ámbito internacional. Tan sólo los Estados Unidos, y debido al hecho de ser autosuficientes en cuanto a tecnología, se pueden considerar la única superpotencia verdadera (4). La tecnología es la que define hoy en día la capacidad de los ejércitos: *“Los ejércitos de baja tecnología no son tales, sino fuerzas de policía disfrazadas”*. Sin embargo, la globalización ha puesto al alcance de determinados países las denominadas “tecnologías de veto”, armas de destrucción masiva que pueden disuadir a un Estado más fuerte de intervenir en un asunto de consideración regional. El equilibrio de terror global se está descentralizando en equilibrios de terror locales. En estas circunstancias, la tarea fundamental de los Estados-nación consiste ahora en limitar el ejercicio de su propio poder militar, con lo que se debilita su razón de ser original.

En conclusión, para evitar su inoperancia, los Estados se ven obligados a asociarse en un orden de gobierno supranacional. El ejemplo es la Unión Europea, que no se debe considerar como un Estado federal europeo al modo de los Estados Unidos de América, sino «la construcción de un cártel político, el cártel de Bruselas», en el que los Estados europeos pueden

(4) Pero, como dice Castells, *“ni siquiera este hecho se traduce en una soberanía plena sobre su política exterior debido a su débil posición financiera y política en cuanto al envío de sus fuerzas al exterior”*.

retener un cierto grado de soberanía colectiva y distribuir los beneficios entre sus miembros. Al mismo tiempo las sociedades civiles están tomando es sus manos cada vez más las responsabilidades de la ciudadanía global. Los Estados están aceptando esta erosión de su soberanía a cambio de su perduración como pieza clave de la organización internacional. Ello también es debido a que los procesos de conflicto, alianza y negociación constantes hacen a las instituciones internacionales poco efectivas, de tal modo que la mayor parte de su energía se gasta en el proceso y no en el producto. Aun así, la erosión de soberanía les permite la supervivencia como realidad política esencial en todo el mundo. De ser un sujeto soberano de la política se transforma en un actor estratégico, pero sigue detentando el poder. Así, para Castells, la teoría del poder reemplaza a la teoría del estado, de forma que *“las nuevas relaciones de poder [...] deben comprenderse como la capacidad de controlar las redes instrumentales globales en virtud de identidades específicas o, desde la perspectiva de las redes globales, de someter toda la identidad en el cumplimiento de las metas instrumentales transnacionales”*.

El desdibujamiento de los Estados afecta en igual medida a las formas de hacer política. El auge del individualismo frente al comunalismo debilita los principios democráticos, poniendo fin al contrato social para dejar, solo, al individuo que lucha por sus intereses individuales. A este efecto se añade el cambio provocado por los nuevos medios de comunicación apoyados en la tecnología electrónica y de las telecomunicaciones, efectos combinados que producen un resultado que Castells denomina de la “política informacional”. El significado de este adjetivo implica una cada vez mayor relevancia de los medios de comunicación en la opinión pública y en las preferencias políticas de los ciudadanos, y a su vez de estos factores en los dirigentes. No quiere ello decir que los medios condicionen las decisiones, ni que determinen los resultados de las elecciones, sino que son el campo de batalla, el espacio donde se debaten las cuestiones políticas de interés. La no presencia en este espacio sí que determina la irrelevancia pública de quien lo abandona. Como consecuencia, se han producido ciertas situaciones que afectan a la legitimidad de la democracia como forma de gobierno: la transformación de la política en espectáculo público; el auge del populismo folclórico; y la difusión de la política del escándalo. Todo ello ha debilitado la confianza de los votantes en la democracia, lo que la ha conducido a una situación de crisis que se manifiesta de dos formas: el abandono de los partidos mayoritarios o incluso el aumento de la abstención. Ante esta crisis de la democracia se apuntan tres nuevas tendencias para rehabilitar su futuro: la recreación del estado local que aproxima la gestión a los ciudadanos y recupera su confianza; las posibilidades que ofrece la electrónica para una nueva

forma de participación política; y la movilización de voluntades y esfuerzos a gran escala en nuevos aspectos de la agenda social, como las causas humanitarias, la ecología y la solidaridad.

En conclusión, y retomando los fundamentos teóricos de la organización de la sociedad, el proceso del poder también está evolucionando de forma rápida. El proceso en sí se mantiene o incluso se refuerza. A pesar de algunos augurios no ha hecho más que cambiar de domicilio. Ya no reside en las instituciones (el Estado) o las organizaciones (empresas, multinacionales), en las iglesias, partidos políticos, movimientos sindicales, etc. Está difundido en “*redes globales de riqueza, poder, información e imágenes que circulan [...] en un sistema de geografía desmaterializada*”. Por tanto, el poder es hoy protagonista principal del debate político.

FIN DE MILENIO: LA GUERRA RED Y EL TERRORISMO GLOBAL

Como aplicación en concreto de la teoría de la sociedad red y de la crisis de identidad, Castells estudia situaciones concretas de nuestro mundo en el fin de milenio. Los ejemplos elegidos son el colapso de la Unión Soviética, el desarrollo y la crisis del Pacífico asiático, la Unión Europea y dos temas más que son fundamentales para este documento: la pobreza y exclusión social del Cuarto Mundo y la economía criminal global. En este análisis es donde más se aprecia la perspectiva limitada de Castells ante la naturaleza metafísica de la realidad. Intenta buscar explicaciones siempre sostenidas en sus argumentos positivos basados en el cambio tecnológico que pierden la referencia de la motivación de las decisiones humanas.

Para el autor, la Revolución rusa de 1917 y el movimiento comunista internacional fueron el fenómeno político e ideológico dominante del siglo XX. Sin embargo, en tan sólo unos años se ha desintegrado en un cambio histórico inesperado. Según Castells, la razón fundamental es la incapacidad del estatismo para gestionar la transición a la era de la información, olvidando la propia incapacidad del ciudadano soviético convertido al comunismo para motivar su vida al menos en unos ideales de mejora de su condición humana. La desaparición de la referencia marxista deja al triunfante capitalismo sin contrapeso para sus excesos; éstos se plasman en la exclusión del desarrollo de millones de personas que quedan marginadas de sus beneficios, y en la aparición de la economía criminal global. Al contrario, la expansión económica ha beneficiado a grandes regiones como el Pacífico asiático, que se han apuntado a la globalización con excelentes resultados. Frente a este desarrollo vertiginoso, los países de la vieja Europa se ven

obligados a encontrar alguna forma de asociación que les permita una economía de escala que les mantenga en primera línea del poder en el mundo.

La conjunción del triunfo capitalista con el desarrollo de la globalización tecnológica y económica ha tenido su gran víctima en el Cuarto Mundo. Los dos fenómenos que representan este caso son la exclusión y la desigualdad. Son dos cuestiones de diferenciación social que merecen un análisis detenido. La desigualdad se puede asociar a la pobreza, la miseria o la polarización económica del mundo. Estos conceptos pertenecen, según el autor, al “*ámbito de la apropiación diferencial de la riqueza generada por el esfuerzo colectivo*”, expresión de netas raíces marxistas. La exclusión cabe asociarla a los conceptos de sobreexplotación e integración perversa, que entran en el entorno de las relaciones de producción. La exclusión social es un proceso, no una condición, que afecta tanto a personas individuales como a territorios enteros, desde barrios en entornos ricos hasta países completos. Desde la lógica del espacio de los flujos, las áreas que no tienen interés significativo son “*esquivadas por los flujos de riqueza e información*”. Una de las consecuencias fundamentales es el término “integración perversa” acuñado por Castells. Con él quiere denominar el resultado de la exclusión laboral de grandes masas que han encontrado refugio en la economía criminal global, desde el hampa de ciertos barrios hasta toda la población dedicada al cultivo y producción de drogas.

Es un hecho, respaldado con cifras, que, a pesar de la mejora global del nivel de vida, se ha producido acompañado de una mayor desigualdad en el reparto de la renta. Esta desigualdad se produce tanto en el entorno global, por países, como en el entorno social dentro de un mismo país, con algunas excepciones. Esto es la polarización, que ha llegado hasta el extremo de aumentar en gran medida la pobreza extrema. Este factor es especialmente dramático en el continente africano, agravado por la propia política de sus dirigentes tras la descolonización. Paradójicamente se alzan algunas voces para reclamar como solución la llamada desconexión. Dejar a los pueblos africanos que resuelvan su situación de pobreza mediante sus propios recursos, sin intervención del resto del mundo, volviendo a un sistema de producción de subsistencia.

La economía criminal global se caracteriza por aprovechar precisamente las ventajas de las nuevas tecnologías para su desarrollo y expansión. Su topología de red aumenta su capacidad de supervivencia ante los poderes públicos. Por otro lado, su carácter transnacional debilita los instrumentos policiales y legales para combatirlo. Su estrategia consiste en ubicar sus funciones

de gestión y producción en zonas de bajo riesgo, donde poseen un control relativo de las instituciones de administración y gobierno, mientras que colocan sus productos en mercados ricos donde pueden obtener un precio superior. En las fuentes del crimen global se encuentran organizaciones con arraigo nacional, regional y étnico, que se han adaptado a los tiempos conservando tradiciones de cohesión interna fundadas en relaciones interpersonales de confianza. Estas organizaciones condicionan la actividad política de las regiones en donde se sitúan, pero también afectan gravemente a las que alojan sus mercados con graves consecuencias. En algunas ocasiones las cifras manejadas se adueñan de la economía de países pequeños, en otros casos condiciona incluso las decisiones macroeconómicas. La soberanía estatal, ya debilitada por los factores antes comentados, se tambalea ante agresiones tan formidables a su legitimidad. En los países más desarrollados son la principal fuente de inseguridad. En consecuencia, estos Estados se ven obligados a adoptar medidas que recortan las libertades de sus ciudadanos. A cambio y dado el origen foráneo de muchas de estas organizaciones se generan sentimientos xenófobos en estas sociedades. El propio éxito comercializado en libros y películas de Hollywood ha inducido una nueva cultura de fascinación de las juventudes excluidas por una forma aventurera de ganarse la vida, que les permite salir del fatalismo al que están condenados.

La economía criminal se ha diversificado tanto en sus productos como en sus orígenes. Todos aquéllos que han quedado excluidos de la economía legal, pero conservaban un capital suficiente para iniciar otra aventura se han lanzado a la ilegalidad, como las nuevas mafias rusas. Así se encuentran en la actualidad los “negocios perversos” en todo el mundo en sus diversas facetas:

- El narcotráfico
- El tráfico de armas
- El tráfico de material nuclear
- Contrabando de inmigrantes ilegales
- Tráfico de órganos
- Blanqueo de dinero

El narcotráfico es el más notorio de todos ellos. Castells resalta cinco características fundamentales de este negocio:

- Está dirigido a la demanda y orientado a la exportación.

- Plenamente internacionalizado, con una división del trabajo cambiante entre diferentes localizaciones.
- Se apoya decisivamente en el blanqueo de dinero.
- Emplea de forma generalizada la coacción mediante una violencia extraordinaria.
- Su funcionamiento necesita de la corrupción institucional en todas sus articulaciones.

Todavía en 1997, cuando sale a imprenta este libro, no se da la suficiente importancia al terrorismo internacional. Castells ha reaccionado inmediatamente a los hechos del 11 de septiembre, tanto en artículos de prensa como en un excelente libro que edita junto con Narciso Serra y al que aporta una interesante colaboración, *“Guerra y Paz en el siglo XXI”*. Aquí sí que trata directamente el fenómeno del terrorismo, deteniéndose sobre todo en la reacción de los Estados Unidos. En primer lugar recuerda las características del terrorismo conforme a su modalidad específica dentro de la economía criminal global; añade que se trata quizá de la principal amenaza actual, agravada en el caso de que llegase a disponer de armas de destrucción masiva. El terrorismo, de raíces fundamentalistas, nacionalistas o con cualquier otro motivo, sólo sobrevive si se adapta a la sociedad red y emplea sus recursos. Eso es lo que ha hecho Al Qaida. Desde una base en territorio seguro, como era Afganistán, se controlaba un conjunto disperso de grupos o células terroristas que no se conocen entre ellas. El nodo central de la red permite poner en comunicación a las que pueden apoyarse mutuamente, manteniendo a las demás en la ignorancia. Esto les facilita la supervivencia y la actividad en medio de un entorno hostil. Sin embargo la respuesta militar norteamericana ha sido muy acertada, al deshacer su máxima debilidad que es depender de ese nodo central que gobernaba el sistema. Se puede esperar que en el futuro las organizaciones de este tipo dispersen sus nodos en varias localizaciones para distribuir el riesgo.

Castells se ha fijado con preocupación en la reacción norteamericana. En primer lugar recuerda, contrariamente a lo que se piensa en Europa, que los Estados Unidos sí que conocen el fenómeno del terrorismo en su patria, como pone de relieve el número de 167 muertos en el atentado de Oklahoma. El rasgo distintivo de este atentado es su procedencia exterior, con el añadido de la ideología fundamentalista que lo animaba. Esto ha significado para los

estadounidenses una terrible sensación de vulnerabilidad. Para responderlo se han seguido dos tácticas fundamentales: la primera, preventiva; ir a las posibles fuentes de apoyo a los terroristas y eliminar todo poder militar-tecnológico considerado como enemigo potencial; la segunda táctica, punitiva y disuasiva, mediante represalias directas contra cualquier país que suponga una amenaza. Castells cree que esta actuación, aunque a la corta pueda parecer acertada por los éxitos militares obtenidos, a la larga supondrá la desestabilización de Oriente Medio. Sin embargo, de acuerdo con su misma teoría de la “guerra red”, es necesario impedir que ningún país albergue un nodo soporte de la estructura. Esto obligaría a disuadir a potenciales receptores de terroristas de esta actividad, disuasión que puede ser necesario transformar en acción, como EE.UU. ha hecho en Iraq. Por eso es muy significativo que se demuestre la conexión con Al Qaida y/o la existencia de armas de destrucción masiva, para justificar la acción al menos desde el punto de vista táctico.

CONCLUSIONES

A lo largo de esta magna obra se presentan síntomas notables de que el mundo se encuentra en la transición a una nueva era. Castells estructura, caracteriza y presenta estos síntomas desde su perspectiva ideológica y epistemológica. Es un periodo de transición que viene acompañado de riesgo e incertidumbre. Incertidumbre porque los cambios habidos en los procesos de organización de la sociedad dificultan las previsiones de futuro y generan inseguridad en los individuos e inestabilidad en sus organizaciones habituadas a unos modos que ya no son válidos. Esto obliga a una transformación en la que lograrán el éxito los que mejor se adapten. En este ambiente proliferan las organizaciones que, faltas de escrúpulos, pretenden sacar ventaja egoísta de sus capacidades particulares a costa del resto de la sociedad. También cobran fuerza aquéllas que reaccionan a su desenganche del espacio de los flujos recurriendo a poner su identidad frente al resto del mundo movidos por el odio. La contrapartida de la sociedad globalizada es el miedo a perder su prosperidad, que ocasiona una actitud defensiva que a su vez puede generar más exclusión y más desigualdad en el mundo; un posible círculo vicioso que llevaría al conflicto entre excluidores y excluidos, entre el miedo y el odio. La desigualdad determina los parámetros físicos de este posible conflicto. Los más ricos, dueños del miedo pero también de los recursos, se enfrentarían a un enemigo que aprovecharía su odio y los resquicios dejados por la globalización para plantear el conflicto en términos asimétricos, usando como herramientas el terrorismo y el crimen organizado. Estos grupos adoptan una organización en

red, con sus nodos más sensibles amparados en regiones donde no ha llegado la prosperidad para lanzar sus tentáculos en los mercados capitalistas desarrollados. La topología en red, la capacidad de adaptación y la falta de escrúpulos posibilita su supervivencia a pesar de los esfuerzos para combatirlos. Estos esfuerzos requieren bien la renuncia a ciertas libertades y comodidades individuales, costosamente adquiridas, a cambio de la seguridad, o bien la renuncia a los principios occidentales de respeto a la libertad de los pueblos; en cualquier caso, además, igual que los virus mutan, que las bacterias se hacen resistentes a los antibióticos, el terrorismo y el crimen internacional se seguirán adaptando al nuevo entorno. No se debe abandonar por tanto el propósito de hacer un mundo mejor que elimine las raíces estructurales de la desigualdad y la exclusión, además de combatir el terrorismo y el crimen de forma activa.